

de Don Jorge de Sabán.
 La verdad rasó su velo;
 la huérfana desdichada
 sintió despojarse un mundo
 de penas horribles en el alma:
 sus labios se contrajeron,
 se excitaron sus miradas,
 y impo el silencio grave
 en convulsas carcajadas.
 ¡Loca!—murmuró Barbillas,
 mejo en las mas lágrimas,
 que era tal vez la primera
 que á sus ojos asomaba!
 Vaciló... miró su mano
 por roja sangre manchada,
 y el terror y la xoxolra
 contrajeron su las palmas—
 ¡Loca!—reptió de nuevo,
 pasó la diestra crispada
 por su frente sudorosa...
 se empozó al fin en su cara,
 miró á Inés y miró al muerto,
 y se alzó de la estancia.



Elijo mere el pensamiento
 y absorto en terrible idea:
 ella sola ensortorera
 su angustiado entendimiento.
 Ni un fugitivo momento
 concede al dulce reposo,
 ni el grato sueño ni el gozo,
 que el volcán del corazón

DON JUAN DE MONTEJO.

LEYENDA HISTORICA (1)

Caballero valen cerril
 soberbio alazán tostado,
 Juan Montejo y Maldonado,
 apuesto mozo y gentil.
 De su rostro vanomil
 la torva y agria expresión,
 demuestra que á la sazón,
 tras la nube del semblante,

(1) Los personajes que figuran en esta leyenda son todos históricos. D. Juan de Montejo y Maldonado, hijo de D. Juan y nieto de D. Francisco de Montejo, quien llevó a término

vibra en el alma gigante
el rayo de una pasión.

Fijo tiene el pensamiento
y absorto en terrible idea:
ella sola enseñorea
su angustiado entendimiento.
Ni un fugitivo momento
concede al dulce reposo,
ni al grato sueño ni al gozo;
que el volcán del corazón
arroja de una pasión
el mar de fuego espantoso.

Caído el ancho sombrero
y en negra capa embozado,
el camino dilatado
venciendo va el caballero.
Ya al instante postrimero
de su largo viaje el sol,

la conquista de Yucatán, nació el 10. de enero de 1557 y casó con Doña María de Velasco. El Mariscal D. Carlos de Luna y Arellano, señor de las Villas de Siria y Borovia, (España), gobernó la Península, según Cogolludo, desde el 11 de agosto de 1604 hasta el 29 de marzo de 1612. Su hijo D. Tristán de Luna, sólo es conocido en la Litoria por haber pretendido, apoyado por su padre, obtener la facultad de emprender la conquista de los Itzáez, lo cual no pudo lograr.

entre nubes de arrebol
y de grana, está llegando;
y va su frente inclinando
hacia el suelo el girasol.

Las aves buscan el nido
que entre las ramas colgaron,
y solícitas cuidaron
mantener allí escondido.
Se oye del buho el graznido,
deja el león su cueva obscura;
y en la revuelta espesura,
que oculta en sombras sus galas,
levanta el eco en sus alas
el concierto de la naturaleza.

El haz de leña llevando
sobre sus hombros robustos,
entre malezas y arbustos
va el labrador caminando.
Un aire maya entonando
de monótona cadencia,
sin terrores de conciencia,
y sin cuidados prolijos,
va á aspirar entre sus hijos
del amor la pura esencia.

El cazador satisfecho
cruza del monte la falda,
con el morral á la espalda
y la alegría en el pecho.
Con firme paso al estrecho
sendero obscuro se lanza;

que aun abriga la esperanza,
 empeño que, á fe, no es raro,
 de hacer su postrer disparo
 mientras á su choza avanza.

Surgen en lánguido abrazo
 luz y sombra; el Sol se oculta,
 y su ígnea frente sepulta
 de la noche en el regazo.
 Espiraba el breve plazo
 de la vida de aquel día,
 para Don Juan de agonía,
 y de quebranto profundo;
 y una noche más al mundo
 en las sombras envolvía.

II
 El haz de luz levanto
 sobre sus hombros
 entre mareas y arroyos

“¡Ultraje tal no devora
 ni el más ínfimo pechero...!
 ¡Cuál pudiera un caballero
 que honra y valor, atesora!
 Impaciente espero la hora
 solemne de mi venganza:
 esta es mi sola esperanza,
 y esta la única ilusión,
 tras la cual el corazón
 con sed de muerte se lanza.”

¡A un Montejo y Maldonado
 tal ultraje... ¡vive Dios!

que basto para los dos
 esos hombres no han pensado!
 Con paciencia he soportado,
 disimulando mi enojo,
 de mi encomienda el despojo... (1)
 mas los ultrajes del hijo,
 sólo se lavan de fijo
 con sangre, y verterla escojo!

“Hay quien—la carta decía—
 “mientras vuestra ausencia dura,
 “mancha con pasión impura
 “la inocencia de María.”
 —La duda en el alma mía
 despierta este laconismo.
 ¡Se abre para mí un abismo
 de dolor, de angustia horrible!—
 “Venid, Don Juan, si es posible;
 “si podéis, venid hoy mismo.”

“El honor de vuestro nombre
 “así lo exige y demanda,
 “que en lenguas de todos anda
 “por las infamias de un hombre.”

(1) El año de 1605 ordenó D. Carlos de Luna que todos los encomenderos exhibiesen los títulos de sus encomiendas, y del examen practicado resultó que declarase vacante la de D. Juan de Montejo y Maldonado; pero su auto fué revocado por la Real Audiencia de México, y la resolución de este elevado Tribunal, confirmada por el Real Consejo de Indias.

—“Yo haré que el mundo se asombre
ante mi venganza fiera...
al mismo infierno acudiera
por todo su poderío,
si no me bastara el mío
para una legión entera.

“¿Quién el menguado será?
la esqueja su nombre calla,
y ante el cruel silencio estalla
el furor que me ahoga ya.
Mas indicándome está
quién es el villano alevé
que á ultrajar mi honor se atreve,
del corazón el instinto,
que un recuerdo, nunca extinto,
á hallar la verdad le mueve.

“El es, no hay duda, el villano
que en las calles y paseos
anda sólo en devaneos,
artero siempre y liviano.
Hijo de un Luna Arellano
que á nuestra colonia oprime,
y el jugo del pueblo exprime
para colmar su ambición,
es fruto de maldición
que do quier su huella imprime. (1)

(1) D. Carlos de Luna y Arellano es contado en el número de los buenos gobernantes que rigieron los destinos de la Península de Yuca-

“Mas de ese reptil inundo
quebrantaré la cabeza...
Su maldad y mi fiereza
espanto serán del mundo.”
Así, con odio profundo,
que el alma en infierno trueca,
haciendo una horrible mueca,
que espanto diera á Satán,
iba diciendo Don Juan
con voz cavernosa y hueca.

II

Pronto á las puertas llegó
de la muy noble y leal
ciudad: la calle real
de la Villa recorrió (1)
En breve tiempo llegó
á la plaza, en que orgullosa

tán durante la época colonial; pero la pasión que agitaba en aquellos instantes el alma de D. Juan y su natural resentimiento por el despojo de su encomienda, le conducían á expresarse en tales términos

(1) “Calle Real de la Villa” se llamaba entonces en Mérida, á la que conducía al camino que se dirige á la que era todavía en aquel tiempo “Villa de Valladolid.” Esta calle no es la misma que la que fué conocida con los nombres de Izamal ó de los Hidalgos, sino la que se llamaba de “Dragones,” después “Central Oriente” y hoy calle 61.

su casa-solar hermosa
se alzaba, y aun representa
fiel monumento que ostenta,
recuerdos de edad gloriosa (1)

En silencio y soledad
la extensa plaza yacía;
nadie entonces se atrevía
á mostrarse en la ciudad.
Envuelto en la obscuridad,
y con paso cauteloso,
lento avanzó y sigiloso
cruzando la extensa plaza,
hasta acercarse á su casa,
angustiado y afanoso.

De un álamo corpulento
al pie robusto llegó;
del caballo desmontó
que dió allí el postrer aliento.
Sin detenerse un momento,
el paso rápido guiaba
hacia su mansión, que estaba
de aquel lugar no distante;
porque á ella, presto, anhelante
llegar tan sólo deseaba.

(1) Esta casa es la que fabricó el conquistador D. Francisco de Montejo (hijo) en la plaza de armas de Mérida, en donde todavía se levanta ostentando su extraña fachada, cubierta de alegorías históricas relativas al hecho glorioso de la conquista de la tierra de los Mayas para la fe y civilización cristianas.

Mas una indecisa sombra
muy cerca de allí surgió,
y á Montejo preguntó:

—¿Sois vos, Don Juan?

—¿Quién me nombra?

—¿Por qué el hallarme os asombra?

soy el celoso guardián

que os ha informado, Don Juan,

del peligro que María

sin auxilio correría

hostigada por Tristán.

—¡Tristán de Luna! ¿no es cierto?

dijo con voz concentrada

y por la rabia embargada

Montejo—;contadle muerto

si á llegar hasta él acierto!

Mas ¿quién sois vos, quién? ;hablad,

y ante mi enojo temblad

si sois vil calumniador,

que jugando con mi honor.!

—Tal sospecha desechad.

En vano queréis mi nombre

en este instante saber...

os espera una mujer

asediada por un hombre.

—No me importa, y no os asombre;

saber vuestro nombre quiero,

que juzgo no es caballero;

quien en la sombra se oculta,

y en un corazón sepulta

del cruel dolor el acero.

Vuestro nombre ¡voto al diablo!
 —Con amenazas es mengua...
 —Yo os arrancaré la lengua,
 si es preciso. ¿Con quién hablo?
 —Pues lo queréis, soy Fray Pablo
 de Navarrete y Navedo:
 no á vanos temores cedo,
 me conduelo de su afán.
 En nombre de Dios, Don Juan,
 id, que aquí esperándoos quedo.

—Mas no puedo comprender
 qué oculto interés os guía...

—Sois desconfiado, á fe mía.

¿Y cuál otro puede ser
 que salvar á una mujer
 del deshonor, y á vos mismo
 de caer en el abismo
 insondable de la duda?

Prestar al prójimo ayuda,
 esto enseña el Cristianismo.

Ya el vulgo comienza á hablar
 de la pasión del de Luna,
 y esta noticia importuna
 podía hasta vos llegar.
 Pudo alguno verle entrar
 en vuestra casa á deshora,
 y juzgar á la señora
 cómplice de tal delito;
 y los celos ¡Dios bendito!
 vuestro infierno fueran ahora.

¿Qué entonces de vos sería?
 ¡Y hasta dónde y hasta dónde,
 alma que celos esconde
 en su furor llegaría!
 El crimen pronto vendría
 á manchar su noble frente;
 y la víctima inocente
 de una venganza horrorosa,
 tal vez sólo vuestra esposa
 sería; no el delincuente.

Si queréis de la inocencia
 de María persuadiros,
 y del dolor redimiros
 de manchar vuestra conciencia,
 calma tened y paciencia;
 guardad sigilo al entrar
 en vuestra casa-solar:
 ved y oid, Don Juan, con calma,
 que las dudas de vuestra alma
 pronto se han de disipar.

Así habló á Don Juan la sombra
 con queda voz y remisa;
 mientras que vaga, indecisa,
 como fantasma que asombra,
 se deslizaba en la alfombra
 de la suave y verde grama.
 En vano Montejo clama,
 nadie responde á su acento,
 que muere en la onda del viento
 como la luz de una llama.

—“Y la víctima inocente
 “de una venganza horrorosa,
 “tal vez sólo vuestra esposa
 “sería; no el delincuente.”
 Este fraile está demente.
 María traidora ó fiel,
 quien ha de morir es él...
 ¡Sí! le mataré, no hay duda,
 aunque vengan en su ayuda
 las legiones de Luzbel.”

Así Don Juan exclamó
 con sordo, apagado acento;
 y hacia su casa violento
 los pasos encaminó.
 Al ancho zaguán llegó,
 que es hasta hoy la sola entrada
 que se ostenta en su fachada.
 Se detuvo allí un instante
 anheloso y vacilante...
 ¡Sentía el alma angustiada!

Del cinto, al fin, con premura
 desató un llavín mohoso,
 y lo introdujo, nervioso,
 de la chapa en la abertura.
 Y cedió la cerradura
 de fuerte bronce bruñido,
 y en el eje, carcomido
 por el frote continuado,
 giró el postigo pausado
 lanzando bronco chirrido.

En silencio y soledad
 la casa-solar yacía,
 y en su manto la envolvía
 la medrosa obscuridad.
 Reprimiendo la ansiedad
 que su alma noble tortura,
 devorando su amargura,
 en la casa penetró...
 ¡Cuán feliz de allí salió!
 ¡Cuán es hoy su desventura!

¡Ah, cuán distinta es la suerte
 que hoy le depara el destino,
 que le torna en asesino
 que lleva á su hogar la muerte!
 Tal idea en su alma fuerte
 surgir hace de dolor
 un torrente asolador;
 y se libran cruel batalla,
 el odio que fiero estalla
 y el instinto del honor.

Mientras Don Juan caminando
 va por la ancha galería,
 una sombra se veía
 por el zaguán penetrando.
 El patio extenso cruzando,
 recatada y misteriosa,
 cual fantasma vaporosa,
 al interior penetró;
 y pronto desapareció
 tras una ceiba frondosa.

IV

En sus alas trajo el viento,
 el sonido acompasado,
 melancólico, pausado,
 del esquilón del convento.
 En apartado aposento,
 á la luz de una bujía,
 á una dama se veía
 de rara y noble hermosura,
 y en su rostro y apostura
 la indignación se leía.

Sus grandes, rasgados ojos,
 que eran negros cual la noche,
 de belleza sin reproche,
 reflejaban sus enojos.
 Sus labios de tintes rojos,
 que hoy están descoloridos,
 por el desdén contraídos,
 expresan la indignación
 de su noble corazón
 y de su orgullo ofendidos.

Un hombre cuyo semblante
 manchaba la sombra oscura,
 de loca pasión impura,
 la contemplaba anhelante.
 Y de la dama distante
 corto espacio solamente,
 así decía:—“¡Demente!
 ¡muy bien decís, estoy loco!

por eso humillado invoco
 favor y piedad clemente.

Por eso vengo rendido,
 llena de pasión el alma,
 á buscar la dulce calma
 y el sosiego que he perdido.
 Mi corazón dolorido
 agonizando palpita;
 y aquí en mi pecho se agita
 y por vuestro amor reclama,
 como el volcán que la llama
 por el cráter precipita.

No llaméis á mi razón,
 que inútil será este empeño...
 de mi razón no soy dueño
 cuando grita el corazón.
 Escuchadme... la pasión
 que aquí en el pecho batalla,
 es la tempestad que estalla;
 para ella no hay valladar
 ni en la tierra ni en el mar,
 cuyo poder avasalla.”—

Erguida la noble frente,
 convulsa la blanca mano,
 con ademán soberano
 y voz nerviosa y potente,
 la dama exclamó:—“¡Demente,
 demente estáis, Don Tristán!

Si estuviera aquí Don Juan,
tanta audacia se vería
convertida en cobardía.
¡Inútil es vuestro afán!

¡Apartad de mi presencia!
¡Salid por do habéis entrado!
No sé cómo he soportado
vuestra cínica insolencia!
—“Es inútil resistencia
la que oponéis a mi amor.”
—“En defensa de mi honor
á todo, á todo me atrevo;
y haré, Tristán, lo que debo,
que no conozco el temor.

Daré voces, y en mi ayuda
la servidumbre vendrá,
que de aquí os arrojará.”
—“Nada ya vuestra honra escuda.
Auxilio hallaréis, sin duda;
mas ved cómo procedéis,
que de esa manera haréis
más pública la deshonra;
y ya ante el mundo vuestra honra
hecha girones veréis.

¿Quién al verme en vuestro hogar
y junto á vos á tal hora,
necio juzgará, señora,
que pude hasta aquí llegar
sin vuestra venia alcanzar?
Ese audaz atrevimiento

no cabe en el pensamiento
del vulgo, que juzga mal,
y siente un gozo inferral
si al prójimo da tormento.”

Esto diciendo el impío,
algunos pasos avanza,
y hacia Maria se lanza;
mas ésta con noble brío,
con fiero ademán sombrío
y con semblante sereno,
lleva las manos al seno,
y de una cinta desata
agudo puñal, de plata
guarnecido y piedras lleno.

Del de Luna á gran distancia,
que alcanzarla quizás puede,
con rapidez retrocede
á un extremo de la estancia.
Allí con fiera arrogancia,
con alma serena y fuerte,
blandiendo el puñal, advierte
al vil seductor audaz,
que dar un paso no más
le causaría la muerte.

Súbitamente una puerta
con estrépito se abrió,
y por ella penetró
Montejo. La luz incierta
así á iluminar no acierta
aquella escena espantosa.

Un grito lanza su esposa
de alegría y de temor;
se apercibe el seductor
para una lucha horrorosa.

Brilla el homicida acero
en las manos de Don Juan,
y se lanza hacia Tristán,
violento, impetuoso y fiero.
—“Ladrón de mi honra, yo espero
que pues valiente os mostráis
con una mujer, lo seáis
con un hombre como vos.
¡Encomendaos á Dios,
que á la muerte os acercáis!”

Así exclama y es su acento
extraño, ronco, profundo,
cual si fuera de otro mundo
eco de infernal concierto.
En tan solemne momento,
el silencio interrumpido
era sólo por el ruido
de las vibrantes espadas,
hábilmente manejadas
por agresor y agredido.

De un aposento cercano
súbito entonces se abrió
la puerta, y apareció
la forma de un sér humano.

El sayal del franciscano
con majestad revestía:
la barba y rostro cubría
en su ancho y largo capuz,
y del que murió en la cruz
la santa efigie traía.

—“En nombre de Dios—clamó—
Juan Montejo, dominaos!
y vos, Tristán, reportaos!
lo exijo.....¡lo mando yo!”
Y majestuoso avanzó
con paso lento y pausado
hasta donde, contrariado,
reprimiendo á duras penas
el furor que ardía en sus venas,
se hallaba el de Maldonado.

—“Obra mal el que su afrenta,
olvidando que es cristiano,
castigar con propia mano,
impío, Don Juan, intenta.
Muerte afrentosa y cruenta,
para dar ejemplo al mundo
de humildad y amor profundo,
Jesucristo, vida y luz
del hombre, sufrió en la cruz,
madero santo y fecundo.

Y vos, Tristán, el pecado
que más envilece al hombre,
un negro crimen sin nombre,
horrible, habéis perpetrado.

Y loco, desatentado,
olvidándoos de vos mismo,
todavía hacia el abismo
de otro nuevo crimen vais;
y la enseñanza, olvidáis
de la fe del cristianismo.

Juan Montejo, perdonad!"

—“Es imposible, imposible,
ha sido el ultraje horrible;
le mataré sin piedad!”

—“Los aceros envainad,
¡infelices! que es el duelo
crimen que castiga el cielo
con la pena de Caín,
Inmensa, eterna, sin fin,
sin descanso y sin consuelo.

Vuestro es, Tristán, el delito)
que otro delito provoca;
pues sois caballero, os toca
ceder y á ceder le invito.
De vuestra conciencia al grito,
deponed vuestra pasión;
desterrad del corazón
los deseos seductores,
y los odios y rencores
que turban vuestra razón.”

—¿Quién sois vos? ¿con qué derecho
en este asunto os mezcláis?
si el campo no despejáis
de grado, por fuerza os echo.

—“Es tu corazón estrecho
cueva en que rugiendo están
las pasiones de Satán.
¿Quién soy, pregunta el villano!
¿Carlos Luna y Arellano!
¿De rodillas, Don Tristán!”

Así el fraile prorrumpió
con fuerte y vibrante acento,
y tembloroso, violento,
la capucha se arrancó.
Tristán de Luna cayó
de rodillas desplomado,
de vergüenza anonadado
y de angustia y de terror.

—“¡Mi padre! exclamó, ¿señor!”
—“Serás, Tristán, castigado.”

Carlos Luna y Arellano
dijo entonces á Montejo:

—“Matadle, Juan, os lo dejo,
su vida está en vuestra mano.”

—“Caballero soy cristiano
que vuestra conducta admira,
y su venganza refira.

Se ha calmado la pasión
que angustiaba el corazón....
¿sólo á imitaros aspira!

Temiendo que de otra suerte
á mis noticias llegara,
cosa posible y no rara
occa que el mundo se divierte,

este ultraje, y que la muerte
 diera á Tristán y á María,
 á quien cómplice creería,
 vos, Don Carlos, acertado,
 esta escena provocado
 habéis con sabiduría.

La vida á Tristán salváis,
 prestáis á María ayuda,
 y de mí la horrible duda
 para siempre desterráis.
 ¡Bendito, bendito seáis!
 que de su nombre memoria
 se guarde siempre en la historia,
 por cumplido caballero,
 gobernante justiciero,
 de su patria honor y gloria!



EL VIEJO NUÑEZ MELIÁN.

EPISODIO HISTÓRICO.

En un castaño brioso,
 con apostura marcial,
 sale de las casas reales
 Francisco Núñez Melián.
 Blanca barba, rostro alegre,
 ojos de ardiente mirar;
 ropilla de terciopelo
 que envidia á la nieve da;
 valona y puños de encaje
 más blancos que el azahar;